

Los japos

Es verano y la época, además de muy propicia para la pesca del emperador ó pez espada, es la del paso de los atunes, que llegando por el estrecho de Gibraltar, entran a la mar nuestra, bravos, broncos y cimarrones, azuzados por el instinto reproductor, lamiendo las costas españolas para depositar sus huevos hacia el golfo de León y mas allá. Otra rama de esta migración genética, que se reproduce año tras año desde que el atún es atún, recorre la costa norte africana y se pierde casi al final, allá por Libia y alrededor de la isla de Malta. Todas las culturas que han habitado en torno a estas costas, observaron el ir y venir de los grandes atunes, que llegan a pesar mas de quinientos kilos. Y haciendo uso de diversas artes de pesca, se han hecho a la mar en estas fechas, para capturarlos. Las mejores capturas tienen lugar en, junio, julio y a veces agosto. Y especialmente con la luna llena.

Uno de estos artes de pesca cuyo principio de funcionamiento es el mismo desde tiempos pretéritos, es la almadraba. Probablemente heredándolo de los fenicios, que a su vez lo aprenderían de los diversos pobladores de las tierras que visitaron, los romanos montaron las primeras almadrabas fijas en los puntos mas estratégicos de las costas que dominaron. Y así, hay noticias de su instalación en muchos puntos de la geografía costera, de los cuales aun alguno conserva su emplazamiento original. Es famosa la almadraba de Zahara de los atunes junto a Barbate, en la gaditana costa española.

Básicamente, las almadrabas son un una trampa, un laberinto de redes, que comienza en la playa, compuesto de entradas, cámaras y pasajes, en las que el atún entra y no puede salir. Finalmente es conducido hasta una última cámara, en la que una red dispuesta en el fondo de la mar, es levantada en todo su perímetro a base de músculo viril desde embarcaciones. Los atunes quedan así expuestos en la superficie a los ganchos y bicheros de los pescadores que los capturan uno a uno. Es la llamada levantada, la *levantá*.

Pero además de este antiquísimo arte de pesca, los atunes se capturan con los mas modernos palangres. Larguísimas líneas de cordeles que se mantienen hundidos a cierta distancia de la superficie mediante unos flotadores llamados bornais. La longitud del palangre puede alcanzar las treinta, cuarenta ó cincuenta millas y depende de varios factores, tales como el lugar de pesca, la metereología, la capacidad de la tripulación y naturalmente de la sacrosanta voluntad del patrón. De estos cordeles, el palangre madre, cuelgan a su vez otros cordeles de nylon, al que los pescadores del levante español, llamamos tripa, pues antiguamente se hicieron de tripas de animales, en cuyo final hay empatillado un anzuelo con su correspondiente carnada que suele ser una caballa, una pota ó una lacha. A grosso modo: un palangre es una línea de pesca muy larga que cuenta con miles de anzuelos. El emperador ó atún que allí coma, queda enganchado y trata de huir. Dependiendo de la fuerza del bicho, puede arrastrar y hundir los flotadores mas cercanos al anzuelo mordido. A veces hunde varios de ellos. Pero dada la flexibilidad de todo el arte y su largura, el conjunto se estira ofreciendo cada vez mayor resistencia al pescado, que parece casi siempre agotado por el esfuerzo.

Para señalar y localizar nuestros palangres, colocábamos entonces unos flotadores algo mas grandes cada cierto numero de bornais. Estos flotadores mas grandes iban equipados con un rudimentario sistema de luz que mediante una batería, alimentaba una bombilla situada en el extremo de una caña junto a unas banderolas rojas ó negras. Así, incluso de noche podíamos vigilar y localizar nuestros palangres y encontrarlos cuando estos se cortaban por la acción de cualquier barco que pasara por encima de ellos. Había ocasiones en que se producían innumerables de estas cortaduras y nos pasábamos la noche y el día recogiendo nuestros palangres a trozos, que las mareas y el viento alejaban entre si. Luego teníamos que recomponerlo todo de nuevo.

La época del paso del atún acababa de empezar. Con la mar como un plato, calma chicha, *blancor* según decires marineros, nos preparábamos para calar una de estas jarcias marrajeras en algún punto del mediterráneo español entre cabo gata y las costas marroquíes. Éramos marrajeros. Pescábamos sobretodo emperadores. Pero atunes también, y marrajos, claro. El marrajo es el mas bonito y peligroso escualo del mediterráneo. Nuestra jarcia, nuestro arte de pesca, es el palangre. Eso si, artesanal. Nada de grandes barcos con bodegas congeladoras y tecnologías punteras. Por aquellos años -Franco acababa de morir- todo era manual y básico. Sabíamos de la existencia de grandes palangreros industriales, e imaginábamos que iban pertrechados de todo tipo de instrumentos modernos. Pero verlos... no habíamos visto ni uno. Decían que andaban ya por el mediterráneo, que los habían visto. Eran los japoneses. Venían en busca del preciado atún rojo. La curiosidad me había llevado a buscar información acerca de esos barcos intrusos y averigüé algo sobre sus técnicas de pesca, su tecnología, su forma de actuar ó de aprovisionarse. También por entonces empezaban a cobrar fuerza los primeros movimientos ecológicos mundiales. Nosotros navegábamos en barcos de madera, de bajura, de no mas de veintipocos metros. Con siete ú ocho hombres a bordo.

Un día, a no mucha distancia, divisamos un extraño objeto flotando en la mar. Prismáticos en mano, el patrón trató de identificar el artefacto y como no fuera capaz de ello, extrañado y curioso, decidió arrimarse al bulto flotante. Algo mas allá se veía otro objeto flotando, mucho mas pequeño, redondo y extrañamente colorido. Algo mayor que un balón de fútbol. Y mas allá otro. Y luego otro. Ya bastante cerca, comprobamos que se trataba de una radio-baliza con una antena. Como las que había visto descritas en alguno de los documentos que mi curiosidad había buscado. Un aparato que emitía señales para su localización. Pero a nadie a bordo le pareció importar este extremo, pese a mis advertencias. Ni corto ni perezoso, el patrón dio orden de embarcarlo. El artefacto pesaba lo suyo y la punta de la antena rebasaba la altura del puente de nuestro barco. Con mucho esfuerzo, algún juramento y la labor coordinada de prácticamente toda la tripulación, logramos izarlo y meterlo en la parte de popa de nuestro barco. Y enseguida nos dimos cuenta que llevaba amarrado un cabo. Un cabo fino, trenzado, de no mas de un centímetro de diámetro, pero muy resistente. Nadie a bordo había visto algo así. Empezamos a tirar y en seguida se tensó. Se puso duro, pero no tiraba hacia abajo. Aparentemente continuaba en dirección al otro bulto redondo que

habíamos visto. Unas pocas brazas después encontramos un curioso artefacto – como un imperdible del tamaño de una mano grande- que unía el cabo de la baliza, a otro cabo. Maniobramos el barco y nos pusimos paralelos a la dirección a la que llamaba. No tardamos mucho en percatarnos que eso era uno de aquellos palangres industriales de los japoneses, especialmente cuando tirando, tirando, sacamos un hilo de nylon trenzado, de cuyo extremo colgaba una carnada sintética, un pulpito fluorescente de plástico, colgando de un anzuelo. El doble de grande y de robusto que los nuestros.

Yo seguía protestando, advirtiendo que nos la estábamos jugando. Que si bien la mar era muy grande, el dueño de aquella baliza y de aquellos palangres, no tardaría en aparecer. Especialmente, trataba de explicar a quien me quisiera oír – que era nadie - cuando el dueño se percatara que los instrumentos receptores de abordó, indicaban que aquella radiobaliza se desplazaba a un rumbo y a una velocidad fuera de lo normal. A regañadientes y en parte debido a que se acercaba la hora de empezar a calar nuestra propia jarcia, el patrón dio orden de arriar el palangre industrial y japonés. Pero la baliza quedó a bordo. El patrón insistía que aquello se lo había encontrado él y que era suyo, que ya le sacaría algún provecho, aunque solo fuera para poner la antena en el tejado de su casa y enchufarla al transistor para oír los partidos... *notejoe*, dijo. Navegamos algunas millas para separarnos del palangre aquel y nos dispusimos a nuestra faena.

Calamos nuestros anzuelos sin problema alguno, pero yo no dejaba de mirar en todas las direcciones. No me resultaba difícil concluir que tarde ó temprano íbamos a recibir una visita. Y no precisamente de cortesía. Durante la cena y aun antes de acostarnos, traté de insistir en el peligro de llevar la radiobaliza japonesa a bordo. Pero solo recibí chanzas y burlas.

Como siempre, empezamos a levantar nuestra jarcia algunas horas antes de que amaneciera. Aquel día cogimos bastante pescado, emperadores, marrajos y algunos buenos ejemplares de atún, que certificaban que efectivamente, estábamos en aguas de paso del atún. Y que los japos, no andarían muy lejos, especialmente el propietario de la baliza, que descansaba en la popa de nuestra embarcación y que seguía emitiendo señales: Bip, bip, estoy aquí, bip, bip, estoy aquí... Y no bien acabábamos de embarcar el ultimo de nuestros anzuelos, cuando el cocinero, que pelaba patatas en la popa, dio aviso de que un vapor -cualquier barco mercante recibe ese apelativo- se acercaba por nuestra aleta de estribor. Todos dirigimos la mirada en aquella dirección. No nos resultó complicado concluir que la silueta de esa embarcación no era un mercante, si no un palangrero japonés, cuya proa se dirigía a gran velocidad hacia nosotros. Al patrón le cambio el semblante, cuando soltando los prismáticos, confirmó lo que ya todos habíamos visto. En su obcecación y nerviosismo, no se le ocurrió otra cosa que tratar de huir. Y empujó la palanca de avante hasta el tope. Me subí al puente. Allí traté de hacerle ver que resultaba inútil y ridículo tratar de alejarse del japonés, que tenía mucho mas velocidad que nosotros y que seguramente lo único que quería era recuperar su preciada radio-baliza. Al patrón le entraron los nervios y empezó a jurar en arameo y a lanzar improperios hacia el japo, diciendo que aquel hijo del sol naciente nos quería hundir.

La persecución duró lo que tardó el patrón en darse cuenta de cuanto le decía. Cuando en un momento dado, le resultó obvio que el barco japonés se hacía más y más grande a cada minuto que pasaba, sacó la cabeza por uno de los ventanucos del puente y mirando hacia popa dio orden de arriar la radio-baliza a la mar. De nuevo hizo falta la concurrencia de casi todos los hombres para largar aquel portento de tecnología. Y efectivamente, al rato, vimos como el japonés aminoraba su marcha, ponía la proa hacia la baliza, maniobraba hasta ponerla a su costado y la embarcaba sin mucha dificultad con una grúa pequeña por la popa. Todos miramos en silencio la maniobra. Alguno me miraba de reojo y el patrón me llamó al puente.

Yo era el único que no era del mismo pueblo que el resto de la tripulación, en el que solo había residido con anterioridad, cuando iba de vacaciones con mi familia. Era un urbanita. Pero con veinte años recién cumplidos, la aventura de pescar grandes bichos, me había llevado a embarcarme y tras unos meses pescando y el paso por la escuela profesional, había regresado con un codiciado título, que me abrió las puertas como patrón *de papeles* en ese barco, en el que naturalmente mandaba su propietario, pero que carecía de la correspondiente titulación. Como ocurría en otros muchos barcos del litoral, una cosa era mandar en el barco y otra figurar en la documentación como patrón. Mi afición a la mar, los barcos y la pesca, no tardaron en superar las naturales reticencias que al principio tuvieron los pescadores en embarcar a un señorito, tal y como me llamaban al principio.

Ahora, con el mando del barco oficialmente a mi nombre, aunque mi labor a bordo fuera la misma que la de los demás, el patrón requería mi opinión de lo que había pasado, no fuera a ser que a la llegada a puerto la autoridad competente pudiera buscarle las cosquillas. Le tranquilicé. En ningún caso iban los japoneses a dar noticia alguna del "extravío" temporal de su baliza, entre otras razones, porque se sospechaba que andaban faenando por la zona sin licencia alguna y siempre alejados de las famosas 12 millas de la costa, cuya soberanía era de titularidad española. No, no serían ellos quienes protestaran de nada. Quiso entonces saber algo más sobre la radiobaliza y le expliqué el funcionamiento, la aplicación y la tecnología de las radiobalizas hasta donde yo sabía. Que las radiobalizas estaban equipadas con una pesada batería en su parte inferior, que además de servir de contrapeso para que permaneciesen erguidas, alimentaba un radio emisor cuya señal era recibida a bordo del barco propietario, a través de un radio receptor, llamado gonio, que indicaba rumbo y distancia a la baliza. Que el japonés largaba una de esas balizas con frecuencias de radio distintas, cada cierto número de millas, para tener controlados todos sus palangres. Aventuré que no tardaría en haber a nuestra disposición aparatos semejantes, preparados específicamente para nuestras necesidades. Que en el futuro, la tecnología se abriría paso incluso en barcos pequeños como el nuestro y que nos convenía ir preparándonos para su llegada. Aquello le sonó a chino (aunque debiera decir japonés), pero sabedor de que las nuevas generaciones se preparaban cada vez mejor y un tanto maravillado de pensar que en el futuro podría tener controlados sus palangres igual ó mejor que el japonés, dio por buenas mis explicaciones y se quedó

rumiando cuanto le había contado, mientras me reintegraba a mis labores en la cubierta.

No tardamos muchos días en llenar nuestras neveras de pescado, que conservábamos enterrado en hielo picado, hasta su puesta en tierra en cualquiera de las lonjas del levante español. Pusimos la proa a tierra. Días mas tarde, tras vender nuestras capturas, nos pertrechábamos en un puerto importante, cuando recaló un barco de una muy conocida organización ecologista, que hacía campaña por aquellas aguas en contra, precisamente, de la pesca ilegal y masificada de atunes por parte de los japoneses. Yo era socio de aquella organización y lo comenté con mis compañeros. Al patrón sin embargo le pareció que aquellos eran unos jipis descaraos, que no tenían ni puta idea de lo que era la mar y que ya le gustaría a él verlos faenando. Al día siguiente nos hicimos a la mar y nos dirigimos directamente a las aguas que tan generosas habían sido con nosotros.

De nuevo, a los pocos días y poco mas allá de las doce millas, dimos con una baliza japonesa. Y de nuevo el patrón dio orden de embarcarla, mirándome muy fijamente y haciéndome un gesto para que no se me ocurriera protestar. Cuando la baliza estuvo a bordo, se bajó del puente y pidió al maquinista su maza mas gorda. Con cara de niño que va a hacer una travesura, se acerco a la baliza a la vez que todos nos apartábamos haciéndole corro. Levantó la maza con solemnidad y la descargó con toda su fuerza sobre el trasmisor, mientras soltaba improperios contra los pescadores de ojos rasgados, piratas imberbes, les mentaba varias generaciones, les hacía saber que no sabían con quien habían topado y les conminaba a ver si ahora tenían cojones a encontrar la puta radio baliza. La tripulación se echó a reír como descosida y cuando el patrón dio orden de empezar a levantar los palangres del japonés, todos nos ufanamos como si la vida nos fuera en ello. Y claro, tirando, tirando, metiendo a bordo millas y millas de aquel palangre, fuimos dando con atunes enormes, la mayoría de mas de cien kilos y algunos de mas de doscientos, llegando a sacar un bicho que a ojo del mejor cubero de abordó, sobrepasaría los trescientos.

La cubierta del barco era una fiesta. En algunas horas de arduo trabajo, habíamos logrado mas pescado del que hubiéramos podido soñar en una semana. El patrón había mandado a un tripulante a la parte mas alta del barco a ejercer de serviola con unos prismáticos, dándole órdenes precisas de avisar en cuanto viera un barco grande por el horizonte. Lo que, un par de horas antes de que obscureciera, ocurrió de verdad. Miré hacía donde dirigía su dedo colombino el mirador y vi. que efectivamente, aquello no era un buque mercante, pero se me antojo que tampoco era un japo, pues aunque estaba aun muy lejos y se distinguían sobre cubierta estructuras propias de un palangrero industrial, también observé que armaba mas antenas y de distinto tipo, de las que llevaba el japonés que habíamos visto con anterioridad. Además llevaba varias lanchas neumáticas en un costado Pero sobre todo me pareció que lucia unos colores absolutamente extraños para un palangrero. Hubiera jurado, que en la proa era multicolor.

Cortamos la línea japonesa, y escondimos en el pañol cuantas millas de palangre, nylon, anzuelos, boyas y pulpitos de plástico nos fue posible y nos dispusimos a dar avance a toda maquina en busca de las protectoras aguas territoriales españolas. Siguiendo órdenes del patrón, actuaríamos como si estuviéramos metiendo en la nevera, el resultado de una pesquera propia. A ver quien demostraba que aquellos atunes no los habíamos cogido nosotros, si mientras se acercaba ó no, nos alejábamos de la zona del delito. El barco desconocido, efectivamente había puesto su proa hacia nosotros, y si bien al cabo de varias horas de persecución, nos había ganado mas tres cuartas partes de la distancia que nos separaba cuando lo avistamos, no parecía aminorar ni ahora que ya estábamos dentro de las doce millas.

El patrón me mandó llamar. Algo desencajado me dijo que esta vez estaba claro que el japonés nos iba a hundir, que iba a pasarnos por encima con la proa y que había que llamar por radio a las autoridades para pedir ayuda. Le volví a tranquilizar. En la cubierta no había ni rastro de jarcia japonesa. El cuerpo del delito había desaparecido convenientemente. El japo, con toda su tecnología ya debería saber que estábamos en aguas propias y seguro que no nos iba a hacer ninguna canallada. Además, le sugerí, igual quería algo de nosotros. Y puede que no fuera mala idea esperarle a ver que pasaba. En ese momento me volví a asomar por el ventanuco, a ver donde andaba el japo y enseguida caí en la cuenta de que aquel, no era un japonés. Se lo dije al patrón, que no se lo acababa de creer y me preguntaba que entonces quien coños era. Cogí los prismáticos para cerciorarme y vi con claridad que la proa del barco aquel, lucía orgullosa un arco iris, icono de aquella conocida organización ecologista con la que habíamos coincidido en puerto. Pero para el patrón eso era aun peor. Ahora nos harían fotografías y nos buscarían las cosquillas y perderíamos la licencia y a mi se caería el pelo por ser el patrón *de papeles* y la multa iba a ser enorme y... Le corté en seco. Aprovechando que mencionaba mi teórica autoridad, deje entrever que apelaría a ella si era necesario ante las autoridades, si no paraba el barco hasta ver que querían nuestros perseguidores. Debió notar, que en contra de la actitud que yo siempre había mantenido a bordo, le miraba un tanto retador y mi resolución era firme, harto ya de tanta persecución por su tozudez. Yo mismo puse el mando del motor en punto muerto. Su cara era un poema, jamás se le hubiera ocurrido que el señorito le iba a retar. Con parsimonia, saqué el paquete de tabaco, le ofrecí un cigarrillo, asomé la cabeza por el ventanuco y le pedí al cocinero dos cafés y la botella de brandy. Su cara se aflojó. Me iba a dejar hacer.

Mientras se acercaba el barco ecologista, le traté de explicar, que si había alguien en la mar dispuesto a ayudar, a hacer frente común con nosotros, a defendernos en definitiva, eran precisamente gentes como estos ecologistas. Que al fin y al cabo, nuestro arte de pesca además de muy selectivo, era sostenible y resultaba de lo menos dañino biológicamente. Que aquellos activistas, lo que buscaban era denunciar las grandes masacres que con sus barcos hacían los japoneses, que arrasaban con todo lo que pillaban, sin licencias, con barcos de bandera de conveniencia y campando a sus anchas con la excusa de faenar en aguas internacionales, esquilmando las especies sin pensar en el futuro. Sus palangres llegaban a medir hasta

quinientas millas. Me encontraba lleno de razones. El patrón asentaba mansamente con la cabeza.

El arco iris de la proa estaba ahora apenas si a medio cable de nosotros. En el alerón del puente, varios hombres melencólicos y varias mujeres nos saludaban amigablemente, mientras cámara en mano no paraban de fotografiarnos. Reconocí en una de esas caras a un dirigente famoso de la organización. A través de un megáfono, nos preguntaron si necesitábamos algo. El patrón, incrédulo, miraba ahora más confiado el gran barco que apenas si se mecía a nuestro costado. Y ni corto ni perezoso, sacó otro megáfono, en realidad una bocina de latón oxidada, y gritó que vino, que si tenían vino, que estábamos ya muy cortos de tan preciado líquido. Las risas de los ecologistas llegaron claras hasta nosotros. Luego, mientras veíamos como botaban al agua una de sus lanchas neumáticas, nos preguntaron por los japoneses. Contestó ufano el patrón que esos hijos de su madre andaban por aquí, que el otro día los habíamos visto, que no hacían más que daño y que había que echarles de allí. Con la fe del converso, el patrón se lanzó a una especie de mitin sobre las bondades de organizaciones como aquella, sobre la defensa de los mares y la necesidad de divulgar las fechorías de tanto pirata. Mientras efectivamente, los ecologistas embarcaban unas cajas de vino en su lancha, el patrón dio orden a la cocina de que prepararan algún emperador para corresponder a la generosidad de los activistas. Por señas les indique que sintonizaran un canal determinado del VHF, la radio del barco, y mantuve una amigable e interesante conversación con ellos, en la que entre otras cosas nos proponían manifestarnos con su apoyo y el de más marrajeros en un importante puerto español. Una acción en la que bloquearíamos la bocana del puerto, advirtiendo a las autoridades de la pesca ilegal de los japoneses y exigiendo soluciones.

Llegó la neumática al costado y embarcamos el vino y un paquete que nos entregaron, a la vez que les dábamos dos grandes emperadores y un atún gordo y orondo, limpios, sin cabeza ni cola, indicándoles que aquel pescado se lo habíamos robado a los japoneses. Los de la lancha rieron agradecidos y nos animaron a seguir dándoles leña. Entre bromas y tirando fotos regresaron a su barco, emplazándonos a mantener la comunicación en lo posible, a movilizar a nuestros camaradas para la manifestación y a advertirles de la presencia de los japoneses. Hicieron sonar la sirena tras embarcar la lancha auxiliar y dando avance pusieron rumbo hacia el lugar en el que habíamos visto por última vez a los japoneses.

El patrón abrió entonces el paquete que nos habían entregado. Camisetas, gorras, bolígrafos, llaveros, calendarios y carteles de la organización que repartió entre los tripulantes. Tocado con una de aquellas gorras, me presenté en el puente. Con una actitud completamente distinta a la que había mantenido antes hacia mí, me invitó a un trago de brandy y habló de lo majos que eran aquellos *jipis* melencólicos, que había que ver los cojones que le echaban al asunto y que con muchos como ellos otro gallo nos cantara y luego, mirándome con más determinación, admitió que mi reacción le había cabreado al principio, por discutir su autoridad, pero que ahora reconocía su error y me felicitaba, a su modo, por mi decisión. Que había que estar muy

seguro de uno mismo y tenerlos cuadraos para hacer lo que yo había hecho, llegó a decir. Me estaba dando un punto de autoridad en el barco que hasta ahora, no había compartido con nadie.

A partir de entonces, nos dedicamos tanto a largar nuestros palangres, como a atacar sin tasa cuanto arte de pesca japonés aparecía por nuestra proa. Con la experiencia adquirida y el cuento bien aprendido, nos limitábamos a recorrer los palangres japoneses levantándolos solo cuando encontrábamos alguno de sus bornois, de sus boyas -aquellos balones grandes de fútbol- que por lo hundidas que estaban denotaban que por delante ó por detrás había algún atún enganchado. Íbamos perfeccionando nuestra técnica de asalto al japonés. Ya no trabajamos a lo burro levantando millas y millas de palangre en las que no siempre había capturas. Ya no le quitábamos el arte. Ya todas las mujeres de los tripulantes tenían bastante cuerda/palangre para colgar la ropa, ya sus hijos recién nacidos se entretenían con pulpos fluorescentes que colgaban como muñecos de sus cunas, ya los paños del barco rebosaban de palangres que servían ahora para amarrar cualquier cosa, ya había quien utilizaba los reflectantes bornois japoneses para marcar fondeaderos en las calas de la costa, ya se habían instalado maravillosas antenas de fibra de vidrio en muchos tejados del pueblo, ya la guerra al japo era abierta, refinada y muy rentable. Ya todos los marrajeros del litoral buscaban palangres japoneses. Pero había que seguir vigilando.

Antes de que acabara la luna de julio, volvimos a dar con los japoneses. Mejor dicho, ellos dieron con nosotros. En esta ocasión nos encontrábamos levantando nuestros propios palangres. No teníamos porque huir y abandonar la jarcia. Impensable acto que nos hubiera dejado, además, desarmados para el trabajo. Los japos se aproximaban muy lentamente, cosa que me llamó la atención, pues los habíamos visto navegar a grandes velocidades. Podrían haberse presentado en nuestro costado en media hora y sin embargo tardaron mucho mas del doble en hacerlo. No me pareció que vinieran en son de guerra. No teníamos pues nada que temer, cuando el gran palangrero, cuyo nombre estaba escrito en caracteres indescifrables para nosotros, se acercó muy despacio hasta una distancia en la que pudimos distinguir incluso los ojos rasgados de quienes asomaban por un alerón del puente. Aun así el patrón no las tenía todas consigo y me ordenó subir a su lado. Le dije que me parecía que querían algo. Me contestó que claro que querían algo: hundirnos. Se alzó un brazo con la mano abierta sobre las cabezas que nos miraban desde la gran embarcación, en un gesto internacional de saludo y pregunta, al que las gentes de la mar siempre responden. Era obvio que querían algo. Respondí al saludo.

Ahora, el patrón no tuvo que decirme nada. Asumió con naturalidad que me tocaba a mi ejercer la autoridad y recordándome que hablaba idiomas, pues algo de inglés ya chapurreaba, me puso la bocina de latón en la mano. Antes de pronunciar una sola palabra, por los altavoces que apuntaban hacia nosotros desde el alerón del palangrero, se oyó un saludo con un acento y pronunciación en un inglés peor que el mío. Me crecí. Devolví el saludo con el mejor de mis acentos británicos. Luego pregunté que porqué se habían acercado, tan lentamente, que si tenían algún tipo de avería mecánica y que si,

en fin, podíamos serles de alguna ayuda. El patrón me miraba inquisidor y quería saber qué les decía, qué les preguntaba. Respondí que trataba de averiguar el motivo de su presencia a nuestro costado. Pegando el oído lo mejor que pude, entendí que se habían quedado sin vino... ¡sin vino! repitió el patrón a mis espaldas. Aquello le pareció el colmo. A mi me parecía una escena surrealista, como de película de Buñuel. No lo podía creer. Les hice señas a la vez que les decía que esperaran un poco, que íbamos a ver lo que podíamos hacer. Listo como el solo, el patrón ya se había hecho una composición de la situación y estaba viendo la forma de sacarle algún beneficio a todo este asunto. Imaginó que las máquinas de palangrero requerirían mucho aceite, producto del que andábamos escasos y que además era muy caro. Me dijo que les propusiera un trueque. Vino por aceite. Se lo comuniqué a los japones. Por la alegría que asomó en los rostros japoneses, el trato había sido aceptado. Decidió el patrón que otro tripulante y yo embarcaríamos en el bote auxiliar con unas garrafas de vino. Solo la idea de poder echarle un vistazo al puente de un palangrero japonés ya me pareció motivo mas que suficiente para aceptar su proposición. Subí por la escala de práctico que los japoneses pusieron por la banda de babor, mientras ambas tripulaciones llevaban a cabo el intercambio de mercancías pactado. Me recibieron dos tripulantes en camiseta de tirantes y pantalón corto, con mucha ceremonia e inclinaciones de cabeza.

Uno precediéndome y otro detrás de mi, subimos varios pisos por las típicas escaleras muy inclinadas de un barco hasta el puente, donde de nuevo fui recibido con mucha cortesía oriental. Incluso a mi, me sonó a chiste la forma en que saludé, pues al verme rodeado que caras orientales, dejé caer un sayonara. Las risas que provocó mi saludo, eran cordiales y alegres, casi agradecidas. Se adelantó el que parecía el capitán a estrecharme la mano y darme la bienvenida, con su particular acento, en inglés. El puente era estrecho para lo que yo había imaginado, pero estaba repleto de instrumentos eléctricos y electrónicos, destacando dos pantallas de radar que no había visto ni en películas de ciencia ficción. Debió de notarse mucho mi sorpresa, pues amablemente me invitaron a mostrarme aquel muestrario de tecnología náutico- pesquera. Y entre otras cosas y a base de señas e ingles primitivo, me enseñaron el famoso gonio que indicaba la distancia y el rumbo al que estaban sus radiobalizas. Vi sus sondas y sus sónares electrónicos, con sus pantallas multicolores, instrumentos que ni soñábamos tener a bordo. Trasteé con los botones de uno de los grandes radares –del que también carecíamos a bordo- hasta ponerlo en una escala en la que se veía perfectamente la línea de nuestra costa y en la que llegue a distinguir con claridad la entrada al puerto del pueblo, que estaba, según indicaban los anillos concéntricos de la pantalla a algo mas cien millas al Nor nor este.

No salía de mi asombro, cuando el capitán me pregunto mi nombre. Tras contestarle, se presentó muy educadamente y comenzó a interesarse por nuestro quehacer. Sin mucho disimulo me preguntó que cuanto pescado le habíamos quitado en el último y reciente ataque. Pensé, que tal y como se habían desarrollado los acontecimientos y llegados a este extremo, poco ó ningún peligro corríamos por contestar a la pregunta. Aunque por dentro me creció cierta inquietud. Mintiendo un poco les di un numero menor de piezas y

kilos totales robados. Todos se rieron. Con franqueza. Mi aprensión desapareció. Echando mano de sus mejores recursos lingüísticos, el capitán me explicó, que ya se lo imaginaba. Que en realidad lo que le quitábamos no le suponía ni el cinco por ciento de sus capturas. Lo cual no me extrañó, pues como ya he relatado, ahora solo atacábamos donde estábamos seguros de que había pescado y dejábamos muchos otros anzuelos sin levantar. Entonces me preguntó que donde descargábamos nuestro pescado, el propio y el “encontrado”, dijo con mucha cortesía y sin ironía. Tras responderle, me miro a los ojos y me propuso un trato. Si de ahora en adelante, conservábamos en nuestras bodegas el atún que “encontráramos”, siguiendo unos consejos que me iba a dar y dejábamos de quitarle aparejos, él se comprometía a mandar a sus compradores a las lonjas para comprarnos al mejor precio, cuanto atún desembarcáramos. No me lo podía creer. Respondí que no podía comprometerme por otras embarcaciones, pero le aseguré que trataría de convencer a todos los marrajeros que me fuera posible y que, desde luego, nosotros cumpliríamos con lo pactado.

Acto seguido se dirigió a un colega que tras recibir una orden desapareció del puente regresando a los pocos minutos con un rollo de láminas de plástico transparente y muy finas que me puso en las manos, explicándome que debía de ponerlas sobre el hielo picado antes de colocar el pescado y después, otras encima del atún, antes de taparlo con el hielo. Que de esta forma se conservaría mejor. Y consecuentemente lo pagaría también mejor. Que no amontonara mas de tres piezas grandes una encima de la otra y que procurar descargar las capturas en una semana, tiempo máximo que ellos estimaban para que el atún no perdiera sus cualidades culinarias.

Oí entonces la voz del patrón a través de la bocina de latón que preguntaba por mi, viendo mi tardanza. Me asomé al alerón justo cuando mis compañeros terminaban de embarcar un bidón de doscientos litros de aceite para maquinas. Vi también que sobre la cubierta del japo, había tres garrafas de vino. Amablemente, alguien me ofreció un micrófono y mi voz salió proyectada hacia el patrón. Le comuniqué que todo iba bien y que a mi juicio acabábamos de cerrar un trato estupendo del que ya le daría detalles.

Empecé a despedirme entonces de cuantos había en el puente. Y de nuevo escoltado por los mismos dos tripulantes bajé hasta la cubierta, donde un tercero me esperaba para ayudarme a embarcar en el bote auxiliar, en el que alguien ya había depositado varios fardos que contenían miles de láminas de plástico fino. Miré al alerón, donde el capitán japonés, rodeado de los suyos levantaba el pulgar. Le devolví el gesto con una sonrisa.

Las dos embarcaciones se fueron separando lentamente, casi a rumbos opuestos, mientras en el puente le daba explicaciones pormenorizadas al patrón, de cuanto había ocurrido durante mi visita al japo. Cuando terminé de explicarles los “términos” del acuerdo que me propuso el capitán oriental, el patrón opinó con mucha lógica, que solo si todos -todos los japos y todos los marrajeros- cumplíamos lo pactado, aquello podía salir bien. Y que para comprobar las buenas voluntades, seríamos nosotros los que diéramos el primer paso.

Así que los siguientes días, mientras terminábamos de cargar la nevera con pescado propio y “encontrado”, el patrón se dedicó a contar por radio a los compañeros, el encuentro que mantuvimos con los japoneses y su propuesta de alto el fuego. La primera impresión que recibimos de cuantos quisieron escucharnos fue buena. Cuando al cabo de una semana estuvimos cargados hasta el tapón de la nevera con atunes cuidadosamente embalados en plásticos, emperadores y algún marrajo, el patrón dio orden de arrumar a la lonja mas grande de la costa.

A las tres ó cuatro de la mañana, las lonjas se llenan de vida. Empiezan entonces los pescadores a sacar sus capturas de las neveras y a depositarlas con mimo en la zona de subasta. Se limpian de vísceras las piezas, se les corta cabeza y cola, se dejan lo mas presentables posible. Comienzan a llegar los arrieros que inspeccionan la mercancía con ojo crítico, haciendo sus cálculos y pensando en obtener el mayor de los beneficios. No éramos los únicos marrajeros aquel día. Varios barcos colegas, que estaban al tanto de nuestras conversaciones con el japonés, descargaban pieza tras pieza sus capturas reales y “encontradas”, hasta llenar la inmensa lonja. Se podían contar tal vez dos mil pescados grandes, entre emperadores, marrajos y atunes de diversos tamaños.

Los patrones hacían corro aparte y comentaban sus cuitas, mientras miraban a derecha e izquierda tratando de averiguar quien de aquellos arrieros sería el que defendería los intereses de los japos y nuestro trato con ellos. Cuando llegó la hora de comenzar la subasta, mas de un patrón sospechaba firmemente que habíamos sido víctimas de un engaño. Comenzó el subastador a correr los precios, siempre de mayor a menor, de duro en duro – pues aun regía la peseta- y cuando apenas si había bajado un par de unidades el precio, muy por encima del habitual, de la esquina mas alejada se oyó un rotundo stop. Resultó rara semejante expresión cuando lo habitual era oír un alto, un vale ó un mío. Todo el mundo dirigió su mirada a aquel rincón. Por detrás de la primera fila de arrieros se alzaba una mano que se abrió paso entre quienes le tapaban. Y allí estaba. Le reconocí enseguida. Era uno de aquellos japos que se había desecho en reverencias cuando fui recibido en el puente del palangrero japonés. A los patrones se les iluminó la cara y la mirada y esbozaron una gran sonrisa.

Se hizo un silencio absoluto en la lonja, habitualmente bulliciosa y llena de conversaciones, gritos, avisos, y conversaciones en alta-voz. El japonés dio un paso al frente y sacó un aparatito de un estuche que colgaba de su cinturón. Parecía una radio con un cable del que colgaba un punzón. Todo el mundo le observaba en silencio. No me corté un pelo y alzando la mano y la voz le saludé casi desde la otra punta de la lonja. El japo sonrió mientras me dirigía a su lado y repetía esa reverencia a la que casi empezaba a acostumbrarme. Nos estrechamos la mano y me indicó que le acompañara. La gente nos abrió paso. Con cierto mimo clavó el punzón en el lomo de un atún. Luego pulsó un botón del aparatito y una pantalla se iluminó con números, mostrando el dígito 3 precedido de un signo negativo. Era la temperatura de aquel atún. Tres bajo cero. Le hizo una marca, una cruz, con un extraño rotulador que sacó de un

bolsillo de sus bermudas. Repitió la operación en cada una de las piezas de atún, emperadores y marrajos que reposaban en la lonja. Si alguna pieza mostraba una temperatura superior a los 5 grados positivos, negaba con la cabeza y no lo marcaba. Pero apenas si llegaron a media docena las piezas que se quedaron sin cruz.

El resto de los arrieros, demudados, atónitos y desconsolados, empezaron a formar corros comentando lo que acababa de suceder. Muchos veían salir volando suculentos beneficios, dando al traste con negocios oscuros y pactos secretos. Firmó luego el japonés los papeles que le presentó el subastero, que evidentemente sabía de su existencia, pues resulta de todo punto imposible participar en subasta de pescado alguna sin las preceptivas licencias y autorizaciones legales, de las que el subastador tiene puntual noticia. Una coya de operarios con carros retiró las piezas de pescado y las cargó en una flota de camiones congeladores, que esperaban en el gran aparcamiento situado al costado de las instalaciones de subasta. En el aeropuerto mas cercano les esperaba un avión debidamente acondicionado para transportarlo sin que perdiera frío. Eran las seis de la mañana y el japonés nos explicaba que aquel mismo día, ese mismo pescado, sería nuevamente subastado en la gran lonja de Tokio. Preferí no imaginarme el precio que llegaría a adquirir una vez depositado en la tierra del sol naciente.

Aquella temporada de atún fue estupenda. Y en consonancia, las ganancias para lo marrajeros también. Respetó el japo el trato y nosotros hicimos lo propio. No nos volvimos a cruzar con aquel primer japonés en la mar, pero si vimos de lejos a algunos de sus compañeros. Nos consta que se les siguió robando pescado y arte, pero nosotros cumplimos nuestra parte y solo “encontramos” sus atunes y les respetamos el arte. Vimos durante todo el verano, a nuestro amigo de ojos rasgados en la lonja de aquel puerto. En septiembre, tuvo lugar la acción de bloqueo que los ecologistas habían propuesto y que fue apoyada por muchos de nuestros compañeros. Pero sin mas resultado que buenas palabras por parte de las autoridades. Un hermano mío, que ejercía de meritorio en una revista sensacionalista, famosa por su sección de mujeres encueradas, embarcó con un fotógrafo durante una semana, para posteriormente publicar un artículo con abundante información grafica sobre nuestras andanzas con los japos. Lo titulo: ¡A por el japonés! Lo que quedó de todo aquello fue una especie de “entente” cordial, entre japos y marrajeros. A saber: róbame lo que quieras, que por mucho que me quites, no me haces mucho daño. Pero déjame el arte de pesca para que pueda seguir pirateando por aguas mediterráneas.

Yo cambié los barcos de bajura por la pesca de altura y busqué otros mares y otras especies. Mi afición a la mar me llevó también a los veleros de todo tipo. Hoy en día los marrajeros españoles cuentan con equipos tan sofisticados como los del japonés, radio-balizas a sus medidas, gonios, modernos radares, sondas y sonares. Mi patrón llegó a utilizar algunos de estos aparatos antes de jubilarse y en las visitas que hice y hago de cuando en vez al pueblo, nos sentábamos a trasegar unas gambitas a la plancha (recién pescadas en el litoral del pueblo por compañeros, rojas y hermosas: cuatro piezas casi hacen un kilo) y unas cañas, recordando al japonés. Ya no se

pesca sin aparatos, me dijo la última vez que nos vimos, ahora llevan hasta televisión *paver* el *fumbol*, apostilló.

Los japos también se han hecho los amos en la compra de los atunes provenientes de las almadrabas, donde siempre que hay una *levantá* aparece un oriental, que cual experto cirujano y armado de finos estiletos, cata la carne de los atunes para cerciorarse de su calidad. Y los compra prácticamente todos.

Actualmente, los japos siguen visitando el mar nuestro los veranos. Y en muchos pueblos pesqueros, además de los artes tradicionales y salir a pescar a la traíña, al arrastre, al trasmallo ó a las nansas se ha inventado un nuevo arte, que consiste en salir a la mar sin aparejo de pesca alguno: Al japonés.